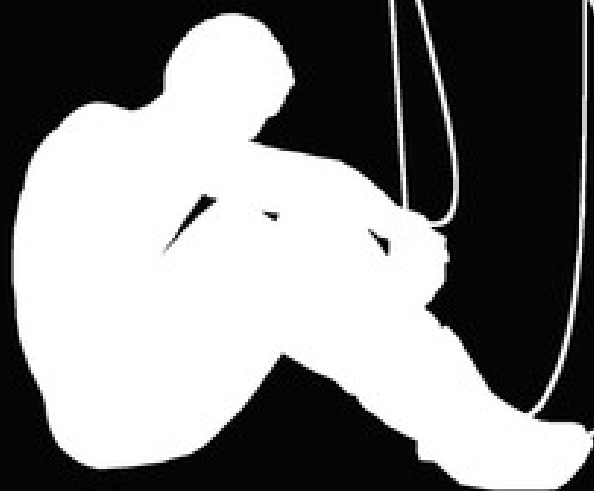


Marionetas



+18



*colección
Gárgolas*

A. J. Ito

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.»

© del texto: A. J. Ito

© diseño de cubierta: Kivir ediciones

© de esta edición: Kivir ediciones

info@kivirediciones.es

www.kivirediciones.es



Impreso en España

Primera edición: noviembre, 2020

ISBN: 978-84-122507-5-6

Cuidado con la curiosidad y el deseo. Estas fuerzas guían a los incautos por caminos de los que quizá no se pueda volver. Dado está el aviso y será tu decisión adentrarte en el mundo que se halla detrás de las esquinas.

Capítulo 1 — Brasas

Al igual que en muchas otras noches, el apacible silencio de un piso iluminado por la luna era interrumpido por dedos que tamborileaban sobre una mesa de madera sin barnizar. Su sonido marcaba el ritmo de una danza temerosa, ejecutada inconscientemente por quien se hallaba allí sentado. Mel era su nombre y ya rondaba los treinta, pero sus ojos y hombros denotaban la derrota que solo algunos viejos aparentan. Apretaba labios y párpados mientras una infusión desprendía el agradable aroma de la tila humeante. Poco a poco, con unas cuantas respiraciones profundas y sorbos de por medio, Mel logró tranquilizarse y, con ello, también su mano izquierda. «Dos ya no son suficientes...», pensó mientras observaba lo que quedaba del líquido.

Con esfuerzo, pues sus músculos le dolían como si tuviese innumerables décadas encima, se dirigió lentamente a su cama individual. Bebió de un trago lo que quedaba en su única taza y paseó con sus ojos alrededor del piso en el que había vivido los últimos años. Sin habitaciones, un lavabo, una cocina y una ventana que le dejaba ver la ciudad entera. No era mucho, pero después de todo lo que había pasado, no necesitaba más.

El hombre, desde el alféizar, observó el cielo buscando vanamente las estrellas, pero las luces de la ciudad provocaban un color anaranjado que se mezclaba con las tinieblas insondables de la noche. Soltó un sonoro bufido, se volvió y posó la mirada en su despertador, eran las cuatro de la mañana. Aún no había gran movimiento en las calles y la paz reinaba afuera, pero esta no lograba adentrarse en el corazón de Mel, que había vuelto a asomarse al exterior. Lo escudriñaba con miedo

de ver una cara conocida o, incluso peor, unos ojos desconocidos que le devolviesen la mirada. Se aferraba a la idea de que aquel piso era su templo, pero en el fondo sabía que su buena suerte tenía fecha de caducidad.

La leve luz del astro blanco llegaba al centro de su habitación sin iluminar su lugar de sueño, así que Mel tanteó en la penumbra hasta encontrar su mesita de noche y, en esta, apoyó la taza vacía. Luego, se metió entre las sábanas y se sentó con la espalda apoyada en la pared. Esta posición era incómoda y no le permitía descansar del todo ya que hasta el más leve de los ruidos le despertaba, pero le resultaba tranquilizadora.

Como era de esperar, las imágenes de su pasado irrumpieron en su descanso impidiéndole dormir por más de media hora. Justo antes de cerrar los ojos, Mel anhelaba con todas sus fuerzas que esas pesadillas le mostraran un monstruo que intentaba comerle en vez de aquellos recuerdos espantosos, pero el deseo nunca se cumplía.

Finalmente, tras el suplicio nocturno habitual, el clemente y siempre puntual sol se asomó por encima de una montaña lejana que se veía desde el cristal. Estos primeros rayos hacían que el hombre se sintiera lo suficientemente valiente para dormir y, normalmente, podía descansar dos horas seguidas hasta que sonaba la alarma. Aquello era un alivio que solo él podía experimentar. A partir de entonces, debía peinarse, afeitarse, e intentar que su rostro marcado por el cansancio no resultara demasiado desagradable en el puesto de cajero de supermercado que había conseguido.

A medida que bajaba por las escaleras, el demacrado y alto hombre se aferraba fuertemente a la barandilla. Miraba hacia arriba constantemente con un único pensamiento en su interior, «bien, ahora rezaremos para que realmente no haya nada», y cuando volvía sus ojos al frente, tenía extremo cuidado de no producir ruido alguno. De esta manera, bajar tres pisos resultaba eterno para Mel que, aunque sabía que se encontraba a salvo, intentaba mantener la guardia alta en todo momento.

Al salir del portal de su bloque, el hombre siempre veía la administración de lotería. Reía, pues desde hacía años tenía la tentación

de comprar un billete y sentir la emoción de retar a la suerte, pero por dentro, su corazón era estrujado por las garras del miedo. «Si gano, será mi fin», se decía a sí mismo.

Mientras caminaba, intentaba observar todos los rostros que podía, tanto los que tenía delante como los de atrás. Temía que ojos conocidos pasaran desapercibidos a su precaución, y si bien era cierto que su suerte tenía fecha de caducidad, este deseaba que no llegara ese momento.

Cuando se acercaba septiembre, la mujer que atendía en la panadería de la esquina le proponía:

—Oye, ya que vienes todos los días, podrías apuntarte al sorteo anual. —Esta nunca había desistido en sus intentos de animar a Mel, pero ese día habló con un tono neutral y rutinario.

—Conozco mi suerte. Prefiero pasar y evitarme disgustos —dijo mordiéndose la lengua, pues se había propuesto no llamar la atención y, por su seguridad, iba a ser un bulto invisible hasta el final de sus días. Era la primera vez que decía algo aparte de un “no” rotundo.

Algunas veces había un hombre pidiendo limosna en aquella calle que se hallaba en el centro de la ciudad. Llevaba un sombrero negro y andrajoso, combinado con una camiseta de rayas rojas y un pantalón corto de pana. Con una parte del dinero que conseguía, compraba hojillas de afeitar para no mostrar nunca su barba. Su cara, entonces, estaba cubierta por un frondoso bigote y unas gafas de aviador repletas de grietas, poco más brillantes que su calva.

—Gracias, amigo —decía a Mel, que siempre le daba las monedas que podía. El tono de sus palabras le parecía tan especial e impregnado de ternura, que hacía que se marchase inundado de emociones y esbozando una débil sonrisa.

—Ese agradecimiento podría redimir a cualquiera —murmuraba en ocasiones deseando la indulgencia; aunque, cuando muriese, sabía perfectamente quién iría en busca de su alma.

Durante los primeros días de su pesadilla, Mel lloró ante tales pensamientos, pero posteriormente estaba demasiado cansado para siquiera exteriorizar emociones. Se sentía seco y vacío. Deseaba que todo acabase, pero no podía decidir entre dejar que clamaran su

alma o aguardar escondido como una rata a la que, tras agotar su suerte, su pasado le encontrara.

Su único remanso de paz se hallaba en el trabajo. Su cerebro desconectaba parcialmente y solo se fijaba en las miradas de la gente mientras efectuaba tareas triviales como reponer producto o cobrar a viejecitas que hacían su compra. Puntualmente, olvidaba que faltaba poco para que su suerte acabase. Había perdido la cuenta de los días quedaban para ello, pues cinco años parecían una eternidad, y a la vez un suspiro... Aquello lo torturaba a tal extremo que al volver del trabajo, no podía sentarse hasta hacer un recuento de días para poder saber cuánto tiempo le quedaba de suerte.

—Jamás volveré a practicar brujería —se repitió cual mantra para convencerse a sí mismo de que podía con la presión de vivir una vida normal, como una persona corriente—. Si hago aunque sea el más mínimo hechizo, me encontrarán, me matarán y ella aprovechará para arrastrar mi alma a la condenación eterna.

Esas palabras, surgidas de la imperiosa necesidad de invocar a alguna entidad y hacer un pacto con esta para que le ocultase, permitieron que sus hombros, cargados por los nervios, pudieran destensarse. Esto era lo único que hacía que aquel pensamiento recurrente desapareciese y le impidiese cometer su error final.

Recitaba esa frase a diario, pero no era consciente de cuántas veces la decía mentalmente o en voz baja, pues la vida estaba llena de dificultades que podrían ser fácilmente sorteadas con la magia. Sin ella, él no era más que una mesa a la que le faltaba una pata.

A veces, Mel se saltaba alguna comida. Su estado de extremo estrés le hacía perder el apetito, o simplemente se le olvidaba. Estaba demasiado cansado como para funcionar de manera normal. En su lugar, se quedaba sentado en su mesa pensando en cómo podría hacer para escapar en el caso de que descubriesen dónde vivía. Qué haría en el caso de que su mirada se encontrase con los ojos que temía ver. En un principio, surgían ideas muy buenas y creativas, pero con el paso del tiempo solo podía visualizarse a sí mismo huyendo despavorido. A veces, incluso pensaba que no importaba ser atrapado por las bestias que le perseguían, pero esto se desvanecía rápidamente cuando los

recuerdos regresaban a su cabeza. A cierto punto, se vio a sí mismo en el espejo del lavabo. Sus ojos y mejillas hundidos, las arrugas que se hacían cada vez más profundas en su frente y unas cejas pobladas de negro y blanco le hicieron contorsionar una mueca de asco.

—Debería terminar con mi sufrimiento de una vez por todas —dijo, pero en su cabeza pudo escuchar la risa de quien le esperaba más allá de la vida y unos suaves dedos aproximarse a su espalda, así que soltó un cansado bufido y se dispuso a seguir con sus quehaceres. Eso es lo que había hecho en los últimos años porque prefería seguir bajo el acecho de aquel terrible poder. Sabía que la oscuridad esperaría pacientemente hasta que se acabara su suerte para que, entonces, el aroma a brujo desdichado diera inicio a una cacería cuyo final era la muerte.

Así, tras un día irrelevante en la vida de aquel hombre que se sentía como brasas moribundas, restantes de lo que antes había sido una persona, caía la noche una vez más.

—Jamás volveré a practicar brujería —repitió nuevamente mientras se preparaba una tila.

Era un ritual que cumplía religiosamente, pues con ensayo y error había podido apreciar que las vidas que son vacías, repetitivas, aburridas y frustrantes por su ausencia de descontrol, hacían que incluso la suerte las pasara por alto. De este modo, nada bueno o malo le podría suceder a Mel dentro de las cuatro paredes que conformaban su piso. Agradecía cada día que era idéntico al anterior, pues para él significaba que aún estaba vivo y le daba la esperanza de que algún día podría dormir sin despertarse y, a ser posible, que ese descanso fuese de duración indefinida.

Al día siguiente tenía cita con su psicóloga, pues parte de su dinero se iba a intentos vanos de conciliar el sueño. Al igual que todos los jueves anteriores, Mel subió al transporte público enfrentándose a sus miedos habituales, tratando de identificar ojos de su pasado entre la gente... Siempre se alejaba de las esquinas para asomarse a una distancia prudencial, y cuando una puerta se abría súbitamente daba tal salto que sus músculos se resentían de inmediato, seguidos por un hormigueo de adormecimiento. Con todo eso, no podía evitar llegar a la

consulta empapado de sudor frío. Al menos, podía darse el lujo de relajarse un poco cuando se veía a sí mismo acostado en el diván, frente a la doctora Hasbun. Desde que Mel la vio, supo que no era una cara de su pasado, por lo que en visitas posteriores ni siquiera se molestaba en mirarla una vez que se acomodaba en el diván.

—Creo que estoy perdiendo el juicio. El tiempo que más aprecio es el que se produce cuando estoy completamente encerrado. En lavabos, por ejemplo. No sé cuánto voy a poder aguantar...

—Bueno, sería un buen comienzo si me explicaras tu historia. ¿De dónde vienes? —preguntó ella, sentada en una cómoda silla de cuero negro. Esta se recolocó las gafas y el reflejo que llegó a los ojos de Mel le distrajo de manera fugaz.

Siempre le había despertado curiosidad que se cubriera su cabello con un hiyab. El de ese día era de color cian, repleto de intrincados dibujos dorados que llamaron su atención. En cierto momento, sus ojos se encontraron con los de ella, grandes y rodeados por piel morena, y al sentir que se formaba un nudo en su garganta, sus dedos comenzaron a tamborilear. Acto seguido, se mordió el labio inferior y no pronunció palabra alguna.

—Vale, está claro que no debemos tocar el pasado. ¿Y si me dices qué te apetecería hacer? ¿Qué experiencias te gustaría vivir? —Esta vez, el tono que usó era dulce y afable, pero al no recibir respuesta, se inclinó hacia él—. Mel, por favor, no puedo ayudarte si no me cuentas qué te ha hecho estar así. ¿Qué es lo que no te deja dormir? —Incluso su voz era increíblemente relajante para el hombre—. Por favor, cuéntame y deja que te ayude.

Como siempre, siguieron unos minutos de silencio incómodo en los que Mel sentía la fija mirada de la única persona que podría aliviar su carga.

—No... puedo —respondió antes de ser dominado por el llanto.

El remordimiento de conciencia pesaba demasiado en su corazón y no dejaba que las palabras brotasen de su boca. Aquello que había hecho en el pasado era demasiado atroz y ajeno a las tranquilas vidas que solía ver en su día a día.

Capítulo 2 — Cenizas

Una mañana, Mel despertó como siempre y ejecutó su precisa rutina. Bajó las escaleras de su bloque con el cuidado de siempre y, al salir, se encontró con la administración de lotería. Estaban haciendo obras, así que el anuncio habitual no se veía. Esto tranquilizó a Mel, que no tuvo la necesidad de repetir su mantra ni fijarse en las caras de la gente. Gracias a ello, pudo contemplar el cielo, cuyas nubes presagiaban una lluvia torrencial que ignoró.

Aquella mañana gris y taciturna había hecho que las personas corrieran a los supermercados, tiendas y demás para comprar antes de que cayese el chaparrón. Las viejecitas parloteaban entre sí mientras esperaban en colas gestionadas por cansados cajeros y los abuelos se quejaban por no poder encontrar fruta como la de antaño. Aquel día transcurrió con rapidez, pues la cantidad de trabajo impidió que Mel pudiera pensar en algo aparte de lo que estaba haciendo. Sus energías eran casi nulas al acabar la jornada y el chaparrón minó más sus ánimos, por lo que hizo el trayecto hasta su piso cabizbajo y con cierto mareo, producido por el cansancio.

Al llegar a casa hizo su habitual recuento de días, pero la mina del lápiz estaba rota por la cantidad de veces que lo había tirado al suelo. Frustrado, lo desechó y cogió un bolígrafo que tenía guardado para seguir su tarea, hasta que se dio por vencido...

«Por favor, cerebro mío, muéstrame lo de siempre y te daré azúcar mañana», pensó como si le estuviese hablando a algún demonio. La vieja costumbre de negociar y hacer pactos era algo de lo que no podía deshacerse, por lo que había decidido canalizarla en una dirección que

no le causara problemas. De esta manera, hacía mucho tiempo que no tenía pesadillas que hablaran del futuro, o con imágenes aleatorias diseñadas por su subconsciente para hacer su vida miserable.

Mel sentía cómo sus párpados se cerraban mientras su cabeza se agachaba lentamente cediendo ante el sopor, pero un leve ruido, como si la puerta se abriese, hizo que levantara la vista. Frente a él se encontraba una niña pálida, de cabello grueso y alocado del color del azabache, y unos ojos enormes, cerrados como si estuviera sumida en un profundo sueño. El hombre la reconoció enseguida y sintió cómo su corazón daba un vuelco descomunal en su interior. Su temor, sin embargo, no provenía de verla a ella, sino de una mano que se hallaba posada en su pequeño hombro. Escuchó también una risa conocida. Era la inconfundible carcajada del demonio, pues Mel se negaba a llamarla persona, que le había llevado a aquella lastimosa situación. Despertó entonces, sobresaltado, con la respiración agitada y cubierto por sudor frío.

Se levantó apresurado mientras se arrastraba jadeando, falto de aliento, hacia el lavabo. Odiaba que esas carcajadas fuesen tan dulces, sensuales y musicales, a tal punto que tuvo la imperiosa necesidad de darse placer a sí mismo. Maldijo y golpeó el suelo con su puño cuando hubo terminado. Aquello le hizo sentir culpable, pues indicaba que aún estaba bajo el yugo de aquella a la que hacía mucho tiempo había conocido como Venus. El hechizo que sufría cualquier persona solo con verla quedaba grabado a fuego en el alma, dejando una marca que nunca desaparecería. Incluso habiendo pasado cinco años y tantas cosas, las garras de aquella bruja seguían enroscadas alrededor de su cuello... y lloró desesperadamente, pues se sentía débil como cuando era un niño metido en un mundo al que no quería pertenecer. Tras vomitar, no pudo conciliar el sueño hasta horas más tarde.

La segunda pesadilla fue la aterradora visión de una mano gigante que le aplastaba. Mel se veía a sí mismo demasiado lento como para poder escapar, demasiado pequeño como para intentar detenerla, hasta demasiado débil para siquiera ralentizar su caída... Esta se aproximaba pausadamente, como disfrutando de cada segundo en el que hacía sufrir a su víctima. Y cuando el hombre comenzaba a notar que sus entrañas